

EL SOFÁ DE TERCIOPELO

Si dijera al principio el color del sofá
entenderían por qué verlo dormido allí
me caló hasta los huesos.
Primero me pidió le hablara
para irse durmiendo
con el arrullo de mi voz.
Luego entrelazó sus manos a mis manos
y dejó que sus párpados se fueran cerrando
mientras me miraba embelesado.
Juro me fue mirando así;
juro él no fingía.
Para dormirlo, yo le hablé
de la Capilla Sixtina pintada por Miguelángel.
Estábamos en un jardín en ruinas
y los pájaros cantaban,
cantaban las ramas de los árboles y los coquies,
cantaba el viento.
El forro del sofá era de terciopelo.
Él quería le hablara del Coliseo de Roma.
Era de terciopelo rojo; parecía
un sofá de prostíbulo habanero.
Eso me cuentan los que saben.
Era de terciopelo rojo y él dormía
y él parecía un príncipe italiano.
Ni que hubiera salido de un lienzo de Caravaggio
o Piero della Francesca.
Con los ojos cerrados parecía
un príncipe del Renacimiento italiano
y al abrir los ojos parecía
un guerrero inca
de los reinos del antiguo Perú.
Así se articulan las maravillas de América,
de éstas y otras maneras indescifrables.
Luego él despertó
e hicimos el amor en el sofá de terciopelo rojo

debajo de los árboles.
Cuando él abrió los ojos
quiso hacerme el amor.
Era como si no pudiera
hacer otra cosa.
Mecidos por la brisa de las ramas
y el canto de los pájaros y los coquies,
declaró desearme
sobre todas las cosas del mundo
sobre un sofá de terciopelo rojo.
Díganme entonces si peco de idiota
al recordar y desear a ese hombre.